

El proceso

CAPÍTULO PRIMERO^a

*Arresto. Conversación con la señora Grubach.
Después, la señorita Bürstner*

ALGUIEN debía de haber hablado mal de Josef K.¹, puesto que, sin que hubiera hecho nada malo, una mañana lo arrestaron. La cocinera de la señora Grubach, su patrona, que todos los días hacia las ocho de la mañana le llevaba el desayuno, esta vez no vino. Esto no había sucedido jamás. K. esperó todavía un momento, miró desde su almohada a la anciana que vivía enfrente, y que lo observaba con una curiosidad nada habitual en ella; entonces, extrañado y hambriento a la vez, pulsó el timbre. Enseguida llamaron a la puerta y entró un hombre a quien jamás había visto en esta casa. Era delgado y de constitución fuerte, llevaba un traje negro ceñido, que estaba provisto de diferentes pliegues, bolsillos, hebillas y botones, y de un cinturón igual que el de los trajes de viaje, por lo cual parecía especialmente práctico, sin que a uno le quedase claro para qué había de servir todo ello. «¿Quién es usted?», preguntó K., incorporándose a medias en la

^a Segunda semana de agosto de 1914.

¹ El doctor Karel Šviha, juez de distrito y diputado del partido nacional-socialista checo había sido inculcado, a través de un artículo de periódico, de ser un confidente de la Policía Estatal de Praga pagado por el Gobierno de Viena. Antes de que el escándalo se hiciera público, el asunto se había difundido de manera incontrolable. A Šviha le llegó un escrito acusatorio por «calumnia» («Verleumdung»).

cama. Pero el hombre pasó por alto la pregunta, como si hubiera que aceptar su aparición, y dijo simplemente: «¿Ha llamado usted?» «Anna tiene que traerme el desayuno», dijo K., y primero intentó en silencio, reflexionando atentamente, averiguar quién era en realidad el hombre. Pero éste no se expuso demasiado tiempo a sus miradas, sino que dirigiéndose hacia la puerta la abrió un poco para decirle a alguien que se encontraba tras ella: «Quiere que Anna le traiga el desayuno.» Siguieron unas breves carcajadas en la habitación contigua; por el ruido no se podía asegurar si en esto intervenían más personas. Aunque el desconocido no había podido enterarse de nada que no hubiera sabido ya de antemano, dijo a K. en tono de notificación: «Es imposible.» «Me extraña», dijo K., saltando de la cama y poniéndose rápidamente los pantalones. «Quiero ver qué clase de gente hay en la habitación contigua y qué explicaciones me va a dar la señora Grubach por esta molestia.» Enseguida se dio cuenta de que no tenía que haber dicho esto en alto y que con ello reconocía un cierto derecho de vigilancia por parte del desconocido, pero esto ahora no le parecía importante. De todos modos, el desconocido lo interpretó así, porque dijo: «¿No prefiere quedarse aquí?» «Ni quiero quedarme aquí ni quiero que me dirija la palabra hasta que no se haya presentado.» «Lo hice con buena intención», dijo el desconocido, y abrió voluntariamente la puerta. La habitación contigua, donde K. entró más despacio de lo que quería, presentaba a primera vista casi el mismo aspecto que la noche anterior. Era el cuarto de estar de la señora Grubach; quizás hoy había un poco más de espacio que de ordinario en esa habitación repleta de muebles, tapetes, porcelana y fotografías; esto no se podía apreciar al instante, tanto menos por el hecho de que la transformación principal consistía en la presencia de un hombre sentado junto a la ventana abierta, con un libro del que levantó la vista en ese momento. «¿Debería haberse quedado en su habitación! ¿No se lo ha dicho Franz?» «Sí, ¿qué quiere usted?», dijo K., y miró, apartando la vista del individuo que acababa de conocer, al llamado Franz, que se había quedado de pie junto a la puerta, vol-

viendo luego a mirar al primero. A través de la ventana abierta de nuevo se divisaba a la anciana, quien con una curiosidad verdaderamente senil, se asomaba a la ventana de enfrente para poder verlo todo. «Quiero que venga la señora Grubach», dijo K., e hizo un movimiento como si se quisiera deshacer de los dos hombres que, sin embargo, se encontraban alejados de él, y quiso seguir hacia adelante. «No», dijo el hombre que estaba junto a la ventana, arrojando el libro sobre la mesita y levantándose. «Usted no puede marcharse, está arrestado.» «Así parece», dijo K. «¿Y por qué?», preguntó a continuación. «No nos han encargado que se lo digamos. Vaya a su habitación y espere. El proceso acaba de iniciarse y se enterará de todo a su debido tiempo. Sobrepaso los límites de mi misión hablándole de una forma tan amable. Pero espero que no nos oiga nadie más que Franz, y él mismo es amable con usted en contra de toda norma. Si en adelante sigue teniendo tanta suerte con la designación de sus guardianes, puede tener confianza.» K. quería sentarse, pero entonces vio que en toda la habitación no había otro sitio que el sillón de la ventana. «Ya verá como todo esto es cierto», dijo Franz, y junto con el otro hombre se dirigió hacia él. Especialmente este último era bastante más alto que K. y le golpeaba con frecuencia en los hombros. Ambos examinaron el camión de K. y dijeron que ahora tendría que ponerse uno mucho peor, pero que le guardarían éste al igual que el resto de su ropa interior y que, si su caso se resolvía de manera favorable, se la devolverían. «Es mejor que nos dé las cosas a nosotros en vez de al almacén», dijeron, «pues en el almacén hay a menudo fraudes, y además allí se venden todos los objetos tras un determinado tiempo, sin tener en cuenta si el proceso con el que se relacionan ha terminado o no. ¡Y lo que duran los procesos de este tipo, sobre todo en los últimos tiempos! Al final usted recibiría del almacén el importe de la venta, pero este importe es, en primer lugar, bastante bajo, pues en la venta lo que decide no es una oferta alta, sino un soborno alto y, en segundo lugar, según la experiencia tales importes se reducen al pasar de mano en mano y de año en año». K. apenas

le prestó atención a estas palabras; no valoraba demasiado el derecho, que quizá poseía todavía, a disponer de sus cosas; mucho más importante era para él obtener una información clara sobre su situación; en presencia de esta gente no podía ni siquiera reflexionar, y el segundo de los guardianes —pues sólo podían ser guardianes— le daba barrigazos una y otra vez de un modo oficialmente amable; pero si miraba hacia arriba, veía una cara seca y huesuda con una nariz grande y torcida hacia un lado, que en absoluto encajaba con aquel cuerpo obeso, una cara que por encima de él se entendía con la del otro guardián. ¿Qué clase de hombres eran éstos? ¿De qué hablaban? ¿De qué autoridades dependían? K. vivía en un estado de derecho, la paz reinaba por todas partes, todas las leyes se mantenían vigentes, ¿quién se atrevía a asaltarle en su propia casa? Siempre procuraba tomarlo todo lo mejor posible, creer lo peor sólo cuando sucedía lo peor, no tomar ninguna precaución cara al futuro, incluso cuando todo parecía amenazarlo. Pero en este caso no le parecía acertado, sin duda uno podía verlo todo como una broma, como una broma pesada que por razones desconocidas, quizá porque hoy era su trigésimo cumpleaños², le habían preparado sus compañeros del banco; naturalmente era posible, quizá sólo necesitaba reírse de cualquier modo ante las narices de los guardianes, y ellos se reírían también, quizás eran mozos contratados en la esquina de la calle, no eran distintos a ellos; a pesar de todo, esta vez estaba decidido, ya desde que Franz apareció por primera vez, a no dejar escapar de sus manos la más mínima ventaja que pudiese tener sobre esta gente. K. veía poco peligro en el hecho de que después le dijeran que no había sabido entender una broma, pero se acordaba bien, sin que fuera su costumbre aprender de la experiencia, de algunos casos en sí insignificantes, en los cuales, a diferencia de sus conscientes amigos, y sin la más mínima intuición para las posibles consecuen-

² El 3 de julio de 1913 Kafka cumplió treinta años. Ese mismo día recibió una carta de Felice que acabó con las últimas decisiones que Kafka había tomado acerca del matrimonio.

cias, se había comportado de manera imprudente, habiendo sido castigado por ello. No debía suceder más, por lo menos no esta vez; si era una comedia, quería actuar.

Todavía era libre. «Permítanme», dijo, y se fue rápidamente a su habitación pasando por entre los guardianes. «Parece que es razonable», oyó que decían tras de él. En su habitación abrió bruscamente los cajones del escritorio; allí estaba todo en perfecto orden, pero precisamente los papeles personales que buscaba, debido a su excitación no pudo encontrarlos al momento. Al final encontró los papeles de la bicicleta y se dispuso a llevárselos a los guardianes, pero entonces el papel le pareció demasiado insignificante y siguió buscando hasta que encontró la partida de nacimiento. En el momento en que regresó a la habitación contigua se abrió la puerta de enfrente por la que la señora Grubach iba a entrar. Únicamente se la vio un momento, pues apenas K. la hubo reconocido se quedó visiblemente turbada, pidió disculpas, desapareció y cerró la puerta con sumo cuidado. «Entre», hubiera podido decir K. Pero en ese momento se encontraba con sus papeles en medio de la habitación; miró hacia la puerta, que no se volvió a abrir, y únicamente lo sobresaltó una llamada de los guardianes, que, sentados junto a la mesita situada al lado de la ventana abierta, estaban comiéndose su desayuno, de lo cual K. se daba cuenta ahora. «¿Por qué no ha entrado?», preguntó. «No le está permitido», dijo el guardián alto. «Usted está arrestado.» «¿Cómo puedo estar arrestado? ¿Y de esta manera?» «Así que ya empieza de nuevo», dijo el guardián, y hundió un panecillo en el tarrito de la miel. «No respondemos a tales preguntas.» «Tendrán que responderlas», dijo K. «Aquí están mis documentos, enséñenme ustedes ahora los suyos y sobre todo la orden de arresto.» «¡Santo cielo!», dijo el guardián. «¡Que usted no pueda amoldarse a su situación y que parezca empeñado en irritarnos inúltimamente justo a nosotros, que ahora quizás estamos más próximos a usted que cualquiera de sus semejantes.» «Así es, créalo», dijo Franz; sin llevarse a la boca la taza de café que tenía en la mano, sino con una mirada larga, probablemente llena de significado, pero incomprensible, K. enta-

bló sin quererlo un diálogo de miradas con Franz, pero luego, golpeando sobre sus papeles, dijo: «Aquí están mis papeles.» «¿Y qué nos importan a nosotros?», gritó entonces el guardián alto. «Se comporta usted peor que un niño. ¿Qué quiere? ¿Quiere llevar su grande y maldito proceso a una rápida conclusión, discutiendo con nosotros, los guardianes, sobre nuestra legitimidad y la orden de arresto? Somos empleados de rango inferior que no entendemos casi nada sobre papeles de identificación y que no tenemos nada más que ver con su caso, excepto que lo vigilamos diez horas diarias y nos pagan por ello. Esto es todo lo que somos, a pesar de que somos capaces de comprender que las altas autoridades a las que servimos, se informan muy a fondo sobre los motivos del arresto y sobre la persona del arrestado antes de disponer un arresto así. No hay en ello ningún error. A nuestras autoridades, hasta el punto en que yo las conozco, y conozco sólo los grados más inferiores, no se les ocurre buscar el delito en la población, sino que, como dice la ley, son atraídas por el delito y tienen que enviarnos a nosotros, los guardianes. Esto es la ley. ¿Dónde cabría un error?» «No conozco esa ley», dijo K. «Peor para usted», dijo el guardián. «Debe existir únicamente en sus cabezas», dijo K.; de alguna manera quería infiltrarse en los pensamientos de los guardianes, bien inclinarlos a su favor o acomodarse en ellos. Pero el guardián solamente dijo rechazándolo: «Ya se dará cuenta de ello.» Franz se metió en la conversación y dijo: «Mira, Willem, admite que no conoce la ley, y a la vez afirma ser inocente.» «Tienes toda la razón, pero a él no se le puede hacer comprender nada», dijo el otro. K. no respondió nada más; ¿tengo que dejarme convencer por la palabrería de estos grados ínfimos?... ellos mismos reconocen serlo. En todo caso hablan de cosas que ni siquiera entienden. Su seguridad sólo es posible por su estupidez. Un par de palabras que cambie con una persona de mi mismo nivel harán todo incomparablemente más claro que las conversaciones más largas con éstos. Se movió unas cuantas veces por el espacio libre de la habitación, al otro lado vio a la anciana, que había arrastrado hasta la ventana a un ancia-

no mucho mayor que ella, al que tenía abrazado. K. tenía que poner fin a este espectáculo: «Lléveme ante su superior», dijo. «Cuando él lo desee, no antes», dijo el guardián que había sido llamado Willem. «Y ahora le aconsejo», añadió, «que vaya a su habitación, se comporte tranquilamente y espere a lo que se disponga acerca de usted. Le aconsejamos que no se enrede con ideas inútiles, sino que se reconcentre, serán muy exigentes con usted. No nos ha tratado como hubiera merecido nuestra buena disposición, ha olvidado que nosotros, seamos lo que seamos, frente a usted somos hombres libres, y esto no es poca ventaja. A pesar de todo, si tiene dinero, estamos dispuestos a traerle un pequeño desayuno del café de enfrente».

Sin responder a esta oferta, K. permaneció un rato en silencio. Si abría la puerta de la habitación contigua o quizá la puerta de la antesala, a lo mejor no se atreverían a impedirselo; es posible que la solución más fácil de todas fuera forzar la situación. Pero tal vez sí que lo cogerían y, una vez arrojado al suelo, también se habría perdido toda ventaja que, en determinado modo, mantenía sobre ellos. Por eso prefirió la solución segura que de todos modos habría de traer el curso natural de los acontecimientos; volvió a su habitación, sin mediar una palabra más entre él y los guardianes.

Se echó sobre su cama y cogió de la mesa del lavabo una espléndida manzana que se había preparado la noche anterior para el desayuno. Ahora era su único desayuno y en cualquier caso, como comprobó al darle el primer gran bocado, mucho mejor de lo que hubiera sido el desayuno del sucio café, abierto durante la noche, que habría recibido por piedad de los guardianes. Se sentía muy bien y esperanzado; aunque perdería su jornada de aquella mañana en el banco, eso era, debido al puesto relativamente alto que allí ocupaba, fácilmente disculpable. ¿Debía alegar la disculpa verdadera? Pensaba hacerlo. De no creerle, lo que en este caso era comprensible, podía presentar a la señora Grubach como testigo o también a los dos viejos del otro lado, los cuales seguramente ahora estaban en camino hacia la ventana de enfrente. A K. le extrañaba, al menos le

extrañaba dada la forma de pensar de los guardianes, que lo hubiesen empujado a la habitación y lo hubiesen dejado aquí solo, en donde tenía una docena de posibilidades de matarse. Sin embargo, al mismo tiempo se preguntaba, ahora ateniéndose a su propia forma de pensar, qué motivo podría tener para hacerlo. ¿Quizá porque esos dos estaban sentados en la habitación de al lado y habían interceptado su desayuno? Hubiera sido tan sin sentido matarse, que él, incluso queriéndolo hacer, no hubiera sido capaz de ello por absurdo. Si la limitación mental de los guardianes no hubiese sido tan llamativa, hubiera podido suponerse que tampoco ellos, a causa del mismo convencimiento, habían visto ningún peligro en dejarlo solo. Que ahora vieran, si querían, cómo se dirigía hacia un pequeño armario colgado de la pared, en el que guardaba un buen aguardiente, cómo primero vaciaba un vasito en sustitución del desayuno y cómo destinaba un segundo vasito a darse ánimo, lo último sólo en previsión del caso improbable de que fuera necesario.

En ese momento un grito proveniente de la habitación contigua lo asustó de tal manera que dio con los dientes contra el vaso. «¡El supervisor lo llama!», eso era. Fue sólo el grito lo que le asustó, esa forma de gritar corta, seca, militar, de la que en absoluto hubiera creído capaz a Franz. La orden en sí la recibía con mucho gusto. «¡Por fin!», respondió gritando, cerró el armario de la pared y se apresuró enseguida a la habitación contigua. Allí estaban los dos guardianes y lo ahuyentaron, como si fuera natural, de nuevo a su habitación. «¿Cómo se os ocurre?», gritaron. «¿En camisa queréis presentaros ante el supervisor? ¡Hará que os den de palos y a nosotros también!» «¡Dejadme, demonios!», gritó K., que ya había retrocedido hasta su armario, «si se me asalta en la cama, no se puede esperar encontrarme de etiqueta». «No sirve de nada», dijeron los guardianes, que siempre que K. gritaba se volvían totalmente tranquilos, sí, incluso se ponían casi tristes y con esto le confundían o, en cierto modo, le hacían recobrar el sentido. «¡Qué ceremonias tan ridículas!», gruñó aún, pero cogió una chaqueta de la silla y la sostuvo un ratito con ambas manos como

si la sometiera al juicio de los guardianes. Movieron la cabeza. «Tiene que ser una americana negra», dijeron. Entonces K. tiró la chaqueta al suelo y dijo —sin saber él mismo muy bien en qué sentido lo decía: «Si todavía no es el juicio principal.» Los guardianes sonrieron, pero se mantuvieron en su: «Tiene que ser una americana negra.» «Si con ello acelero el asunto, me parece bien», dijo K., abrió el armario, buscó durante largo rato entre la gran cantidad de trajes, escogió su mejor traje negro, un chaqué, que por su corte casi había causado sensación entre sus conocidos, sacó ahora también otra camisa y comenzó a vestirse cuidadosamente. En secreto creía haber conseguido con ello una aclaración de todo el asunto, por el hecho de que los guardianes habían olvidado obligarlo a tomar un baño. Los observaba por si quizá se acordaban todavía de ello, pero eso, naturalmente, no se les ocurrió; por el contrario, a Willem no se le olvidó enviar a Franz junto al supervisor con el aviso de que K. se estaba vistiendo.

Cuando estuvo completamente vestido tuvo que pasar, casi pegado a Willem, a través de la vacía habitación contigua, hasta la habitación siguiente, cuya puerta de dos hojas se encontraba ya abierta. Esta habitación estaba ocupada desde hacía tiempo, como K. sabía muy bien, por una tal señorita Bürstner, una mecanógrafa, que acostumbraba a irse muy temprano al trabajo, que volvía tarde a su casa y con la que K. no había intercambiado mucho más que las palabras de saludo. Ahora la mesita de noche de su cama estaba puesta en el medio de la habitación como mesa de sesiones, y el supervisor estaba sentado detrás de ella. Tenía las piernas cruzadas y un brazo echado sobre el respaldo de la silla*.

En una esquina de la habitación tres jóvenes estaban de pie y miraban las fotografías de la señorita Bürstner, que estaban en una esterilla colgada de la pared. En el picaporte de la ventana abierta colgaba una blusa blanca. En la ventana de enfrente estaban otra vez los dos viejos, si bien la reunión había aumentado, pues detrás de ellos, sobresaliendo mucho por encima, estaba de pie un hombre que llevaba una camisa ampliamente desabrochada, que apre-

taba y retorció con los dedos su rojiza perilla, «¿Josef K.?», preguntó el supervisor, quizá sólo para atraer hacia sí la mirada distraída de K. K. asintió con la cabeza. «¿Estará usted muy sorprendido con los acontecimientos de esta mañana?», preguntó el supervisor a la vez que cambiaba de sitio con ambas manos los pocos objetos que había sobre la mesita de noche, la vela con unas pequeñas cerillas, un libro y un alfilerero, como si fueran objetos que necesitase para el juicio. «Sin duda», dijo K., y le sobrecogió la sensación agradable de estar por fin ante una persona razonable y poder hablar con él acerca de su asunto. «Sin duda, estoy sorprendido, pero de ninguna manera muy sorprendido.» «¿No muy sorprendido?», preguntó el supervisor, y colocó entonces la vela en el centro de la mesita, mientras agrupaba el resto de las cosas a su alrededor. «Quizá usted me malinterprete», se apresuró a observar K. «Quiero decir...» Aquí K. se interrumpió y miró a su alrededor buscando una silla. «¿Puedo sentarme, no?», preguntó. «No es lo usual», respondió el supervisor. «Quiero decir», dijo K. sin pausa alguna, «desde luego estoy muy sorprendido, pero cuando uno lleva treinta años en el mundo y ha tenido que abrirse camino solo, como me ha estado deparado a mí, está endurecido contra las sorpresas y no se las toma demasiado en serio. Especialmente la de hoy, no». «¿Por qué especialmente la de hoy, no?»*. «No quiero decir que tomo todo esto por una broma; para ello me parece demasiado excesivo todo lo que se ha montado. Tendrían que haber participado todos los miembros de la pensión y también todos ustedes, esto sobrepasaría los límites de una broma. Así que no quiero decir que sea una broma.» «Muy acertado», dijo el supervisor, y comprobó cuántas cerillas había en la caja de las cerillas. «Pero por otra parte», continuó K., y con esto se dirigía a todos y le hubiera gustado incluso llamar la atención de los tres que estaban junto a las fotografías, «pero por otra parte el asunto no puede tener mucha importancia. Esto lo deduzco por el hecho de que estoy acusado, pero que no puedo hallar la más mínima culpa por la que se me pudiera acusar. Pero esto también es secundario, la pregunta principal es: ¿Por quién he sido

acusado?, ¿qué autoridad instruye la causa?, ¿son ustedes funcionarios? Ninguno lleva uniforme, a menos que» —y aquí se dirigió a Franz— «se le quiera llamar uniforme a su traje, pero más bien es un traje de viaje. Sobre estas cuestiones exijo claridad, y estoy convencido de que después de poner las cosas en claro podremos despedirnos con la mayor cordialidad». El supervisor golpeó con la caja de cerillas sobre la mesa. «Se encuentra usted en un gran error», dijo. «Estos señores de aquí y yo somos totalmente secundarios en lo que respecta a su caso, incluso apenas sabemos nada de ello. Podríamos llevar los uniformes más reglamentarios y su asunto no estaría peor. Tampoco puedo decirle en modo alguno que usted está acusado o, es más, ni siquiera sé si lo está. Usted está arrestado, eso es cierto, no sé más. Quizá los guardianes han parlotado otra cosa, si es así, entonces sólo fue palabrería*. Si ahora no contesto a sus preguntas, sí puedo aconsejarle que piense menos en nosotros y en lo que va a suceder con usted. Y no arme tanto alboroto con su sentimiento de inocencia, empeora la impresión no del todo mala que nos causa. También debería ser más moderado al hablar, casi todo lo que ha dicho hasta ahora hubiera podido inferirse de su comportamiento, además no era algo excesivamente favorable para usted.»

K. miró fijamente al inspector. ¿Le estaba dando lecciones elementales un hombre quizá más joven que él? ¿Lo castigaban con una reprimenda por su franqueza? ¿Y no le decían nada sobre el motivo de su arresto y sobre quién lo había ordenado? Entró en un estado de excitación, fue de un lado a otro, cosa que nadie le impidió, se subía los puños de la camisa, se tocaba el pecho, se ordenaba el cabello, pasó ante los tres hombres y dijo: «No tiene sentido», a lo cual éstos se volvieron hacia él y lo miraron con deferencia, pero con seriedad, y se detuvo finalmente ante la mesa del inspector... «El fiscal Hasterer es un buen amigo mío», dijo, «¿puedo llamarlo por teléfono?». «Claro que sí», dijo el inspector, «pero no sé qué sentido puede tener, a no ser que tenga que hablar con él de un asunto privado». «¿Qué sentido?», gritó K., más perplejo que indignado.

«¿Quién es usted? ¿Usted busca un sentido y hace la cosa más insensata que puede haber? ¿No es para clamar al cielo? Primero, los señores me han atropellado y ahora están por aquí sentados o de pie y dejan que usted me pase por la cuerda floja. ¿Qué sentido tendría llamar por teléfono a un fiscal, si, según dicen, estoy arrestado? Bien, no llamaré.» «Pero, por favor», dijo el inspector, y le tendió la mano hacia la antesala, donde estaba el teléfono, «por favor, llame usted». «No, ya no quiero», dijo K., y fue hacia la ventana. Enfrente estaba todavía el grupo al lado de la ventana y la calma de la contemplación pareció ahora un poco alterada sólo por el hecho de que K. había aparecido en la ventana. Los ancianos querían levantarse, pero el hombre que estaba tras ellos los tranquilizó. «Ahí hay también algunos espectadores», le gritó K. muy fuerte al inspector, y señaló hacia fuera con el dedo índice. «Fuera de ahí», gritó entonces hacia el otro lado. Los tres retrocedieron enseguida unos pasos, los dos ancianos incluso detrás del hombre, que los cubría con su ancho cuerpo y que, a deducir por los movimientos de sus labios, decía algo incomprensible debido a la distancia. Pero no desaparecieron del todo, sino que parecían esperar el momento en el que, sin ser advertidos, pudieran acercarse de nuevo a la ventana. «¡Qué gente tan entrometida y desconsiderada!», dijo K., mientras se volvía de nuevo hacia la habitación. Posiblemente el inspector estaba de acuerdo con él, como K. creyó reconocer con una mirada de soslayo. Pero también era posible que no hubiera oído nada en absoluto, pues tenía una mano fuertemente apretada contra la mesa y parecía comparar la longitud de sus dedos. Los dos guardianes estaban sentados sobre un baúl cubierto con un tapete de adorno y se frotaban la rodilla. Los tres jóvenes se habían puesto las manos en la cadera y miraban a su alrededor sin objetivo fijo. Había un silencio como en cualquier despacho olvidado. «Bueno, señores», gritó K. y le pareció por un momento como si los llevara a todos sobre sus hombros, «a deducir por su aspecto, mi asunto podría estar concluido. Según mi opinión, lo mejor es no pensar más en lo justificado o no justificado de su conducta y darle al asunto un

final reconciliatorio con un apretón de manos. Si ustedes son también de mi opinión, entonces por favor», y llegó hasta la mesa del inspector y le tendió la mano. El inspector levantó la vista, se mordió los labios y miró la mano tendida de K.; éste seguía creyendo que el inspector se la estrecharía. Pero éste se puso en pie, cogió un rígido bombín que estaba encima de la cama de la señorita Bürstner y se lo puso cuidadosamente con ambas manos, como se hace al probarse un sombrero nuevo. «¡Qué fácil le parece todo!», dijo al mismo tiempo a K., «¿decía usted que debíamos darle el asunto a un fiscal reconciliador? No, no, eso es totalmente imposible. Con lo que, por otra parte, no quiero decir que usted tenga que desesperarse. No, ¿por qué? Usted sólo está arrestado, nada más. Tenía que comunicarle esto, lo he hecho y también he visto cómo se lo ha tomado usted. Con esto es suficiente por hoy y podemos despedirnos, pero ciertamente sólo por el momento. Ahora querrá ir al banco». «¿Al banco?», preguntó K., «pensé que estaba arrestado». K. preguntó con un cierto despecho, pues aunque su apretón de manos no había sido aceptado, se sentía, especialmente desde que el supervisor se había levantado, cada vez más independiente de todas aquellas personas. Jugaba con ellos. Tenía la intención, en el caso de que se tuvieran que marchar, de correr tras ellos hasta la puerta de entrada y proponerles su detención. Por esto repitió: «¿Cómo puedo ir al banco si estoy arrestado?» «¡Ah!», dijo el supervisor que estaba ya junto a la puerta, «usted me ha malinterpretado. Usted está arrestado, claro que sí, pero esto no debe impedirle desempeñar su profesión. Tampoco debe impedirsele que haga su vida normal». «Entonces el estar arrestado no es tan grave», dijo K., y se acercó al supervisor. «Nunca dije que lo fuera», dijo éste. «Pero entonces la notificación del arresto tampoco parece haber sido muy necesaria», dijo K., y se acercó un poco más. También los otros se habían acercado. Ahora todos estaban agrupados en un pequeño espacio junto a la puerta. «Era mi obligación», dijo el inspector. «Una tonta obligación», dijo K. inflexible. «Puede ser», respondió el supervisor, «pero no vamos a perder el tiempo con tales

conversaciones. Yo había supuesto que usted quería ir al banco. Pero ya que pone atención a todas las palabras, añado: no le obligo a ir al banco, solamente había supuesto que usted quería ir. Y para facilitárselo y hacer su llegada al banco lo más inadvertida posible, he puesto aquí a estos tres señores, sus colegas, a su disposición». «¿Cómo?», gritó K., y miró asombrado a los tres. Esos jóvenes tan impersonales, tan anémicos, a los que todavía recordaba sólo como un grupo junto a las fotografías, eran de hecho empleados de su banco, no colegas; esto había sido mucho decir y demostraba una laguna en la omniscencia del supervisor, pero en cierto modo sí eran empleados subordinados del banco. ¿Cómo había podido K. pasar esto por alto? ¡Cómo habían tenido que atraerle el supervisor y los guardianes para no reconocer a estos tres! Al inflexible Rabensteiner, al que le colgaban los brazos, al rubio Kullich, de ojos hundidos, y a Kaminer³, con una risa insoportable, producida por una deformación crónica de los músculos. «Buenos días», dijo K. después de un rato, y les tendió la mano a los señores, que se inclinaron correctamente. «No los había reconocido. Ahora iremos a trabajar, ¿no?» Los señores asintieron riendo y diligentes, como si hubieran estado esperando esto todo el tiempo; solamente cuando K. echó de menos su sombrero, que se había quedado en su habitación, los tres fueron uno tras otro a cogerlo, lo cual permitía deducir, sin duda, una cierta confusión. K. se quedó de pie en silencio y los observó cómo pasaban por las dos puertas abiertas. El último era naturalmente el indiferente Rabensteiner, que simplemente llevaba un elegante trote. Kaminer le entregó el sombrero, y K. tuvo que decirse expresamente, como muy a menudo le había sido necesario en el banco, que la sonrisa de Kaminer no era intencionada, y que él no podía en absoluto reír intencionadamente. Entonces, en la antesala, la señora Grubach, que no parecía en absoluto sentirse muy culpable, abrió la puerta de la vivienda a todo el grupo, y K. miró, como tan-

³ Estos nombres representan las tres nacionalidades que había en Praga: el alemán Rabensteiner, el checo Kullich y el judío Kaminer.

tas veces, la cinta de su delantal, que de forma tan innecesaria se entallaba profundamente en su enorme cuerpo. Abajo, K. se decidió, con el reloj en la mano, a tomar un automóvil para no alargar innecesariamente el retraso, que era ya de media hora. Kaminer corrió hacia la esquina para coger el coche, los otros dos intentaron abiertamente distraer a K., cuando de repente Kullich señaló a la puerta de enfrente, en la que acababa de aparecer el hombre alto de la perilla rubia y, en un primer momento un poco confuso por el hecho de que ahora se mostraba en su totalidad, retrocedió hacia la pared y se apoyó en ella. Los ancianos estaban todavía en la escalera. A K. le molestó que Kullich prestase atención al hombre, que él mismo ya había visto antes, y al que incluso había esperado. «¡No mire hacia allá!», le impelió, sin darse cuenta de lo llamativa que era tal forma de hablar frente a personas independientes. Pero tampoco fue necesaria una explicación, pues en ese momento llegó el automóvil, se sentaron y se pusieron en marcha. Entonces K. se acordó de que no se había dado cuenta en absoluto de la desaparición del supervisor y de los guardianes; el supervisor le había ocultado a los empleados, y los empleados habían hecho lo mismo con el supervisor. Esto no demostraba mucha presencia de espíritu, y K. se propuso observar las cosas más detenidamente en este aspecto. Pero todavía se volvió involuntariamente y se inclinó sobre el respaldo del vehículo, posiblemente para ver todavía al supervisor y a los guardianes. Pero enseguida se volvió de nuevo y se apoyó cómodamente en el rincón del coche, sin haber hecho ni siquiera el intento de buscar a alguien. Aunque no lo aparentaba, precisamente ahora hubiera necesitado aliento, pero los señores parecían cansados, Rabensteiner miraba a la derecha desde el coche; Kullich, a la izquierda, y sólo Kaminer quedaba a disposición con su sonrisa irónica, sobre la que, por desgracia, la compasión impedía bromear.

Aquella primavera K. solía pasar las noches de la siguiente forma: después del trabajo, si era posible —la ma-

yoría de las veces se quedaba hasta las nueve en la oficina⁴—, daba un pequeño paseo solo o con algunos empleados y luego iba a una cervecería, donde permanecía normalmente sentado en su mesa habitual junto con señores mayores que él en su mayoría. Pero había también excepciones en esta programación, cuando, por ejemplo, el director del banco, que valoraba mucho su laboriosidad y su confianza, invitaba a K. a un paseo en coche o a una cena en su casa de campo. Además K. iba una vez a la semana a casa de una chica llamada Elsa, que trabajaba de camarera en una taberna durante la noche y hasta bien entrada la mañana, y durante el día sólo recibía visitas en la cama.

Pero aquella noche —el día había transcurrido de prisa por el intenso trabajo y las muchas felicitaciones de cumpleaños, honrosas y amigables— K. quería irse a casa enseguida. En todas las pequeñas pausas del trabajo diario había pensado en ello; sin saber exactamente lo que pensaba, le parecía como si debido a los incidentes de la mañana se hubiera originado un gran desorden en toda la vivienda de la señora Grubach y que precisamente él era necesario para restablecer el orden. Pero una vez que se restableciera este orden, se borraría toda huella de aquellos incidentes y todo retomaría su curso normal. Especialmente de los tres empleados no había nada que temer, estaban de nuevo hundidos en el gran cuerpo de funcionarios del banco, no se notaba ningún cambio en ellos. K. los había llamado con frecuencia a su despacho, juntos y por separado, sin otra intención que la de observarlos; siempre había podido despedirlos satisfecho*.

Cuando a las nueve y media de la noche llegó ante la casa en la que vivía, se encontró en la puerta a un mozo que estaba allí de pie, con las piernas muy separadas y fumando una pipa. «¿Quién es usted?», preguntó K. enseguida, y acercó su rostro al del mozo, no se veía mucho en la penumbra del pasillo. «Soy el hijo del portero, estimado

⁴ Mientras estuvo en la «Assicurazioni Generali» Kafka tenía una jornada laboral bastante larga, de unas ocho o nueve horas por lo general.

señor», respondió el mozo, se quitó la pipa de la boca y se echó a un lado. «¿El hijo del portero?», preguntó K., y golpeó impacientemente con su bastón en el suelo. «¿Desea algo el señor? ¿Debo llamar a mi padre?» «No, no», dijo K., en su voz había un tono de disculpa, como si el mozo hubiese hecho algo malo y él lo perdonase. «Está bien», dijo entonces, y siguió andando, pero antes de subir la escalera, se volvió una vez más.

Podría haber ido directamente a su habitación, pero ya que quería hablar con la señora Grubach, llamó a su puerta sin demora. Estaba sentada, remendando una media de punto, a una mesa sobre la que había un montón de medias viejas. K. se disculpó distraídamente, pero la señora Grubach era muy amable y no quería oír ninguna disculpa, ella estaba a cualquier hora para hablar con él; él sabía muy bien que era su mejor y más querido inquilino. K. echó un vistazo a la habitación, estaba por completo en su estado anterior, los cacharros del desayuno, que antes estaban en la pequeña mesita junto a la ventana, habían sido retirados también. «Unas manos femeninas hacen mucho trabajo en silencio», pensó, quizá él hubiera hecho pedazos los cacharros allí mismo, pero seguramente no hubiera podido retirarlos. Contempló a la señora Grubach con un cierto agradecimiento. «¿Por qué trabaja usted hasta tan tarde?», preguntó. Ahora ambos estaban sentados a la mesa, y K. metía de vez en cuando la mano en las medias. «Hay mucho trabajo», dijo, «durante el día me debo a los inquilinos; si quiero poner mis cosas en orden, sólo me quedan las noches». «Y hoy yo le he dado además un trabajo fuera de lo corriente, ¿no?» «¿Por qué?», preguntó, volviéndose un poco más solícita, con la labor sobre su regazo. «Me refiero a los hombres que estaban aquí esta mañana.» «¡Ah!», dijo, y volvió a tranquilizarse, «eso no me ha dado ningún trabajo especial». K. miró en silencio, cómo tomaba de nuevo la media. Parece asombrarse de que le hable de eso, pensó, no parece considerar correcto que hable de ello. Tanto más importante para que lo haga. Sólo puedo hablar de ello con una anciana. «Sí, seguro que le ha dado trabajo», dijo entonces, «pero no volverá a suceder».

«No, esto no puede volver a suceder», dijo ella afirmativamente, y sonrió a K. casi con melancolía. «¿Lo dice en serio?», preguntó K. «Sí», dijo ella en un tono más bajo, «pero sobre todo no debe tomárselo muy en serio. ¡Qué no sucede en este mundo! Ya que usted me habla tan confiadamente, señor K., puedo confesarle que he escuchado un poco tras de la puerta y que los dos guardianes también me han contado algo. Se trata, en efecto, de su felicidad y eso me preocupa de veras mucho, más quizá de lo que corresponde, pues yo soy simplemente la patrona. Bien, así pues, he oído algo, pero no puedo decir que sea algo especialmente malo. Usted está sin duda detenido, pero no como se detiene a un ladrón. Si uno es detenido como un ladrón, entonces es grave, pero este arresto... Me parece algo muy culto, perdone usted si digo alguna tontería, me parece algo muy culto, que yo ni siquiera entiendo, pero tampoco se tiene que entender».

«No es ninguna tontería lo que ha dicho, señora Grubach, al menos soy en parte de su opinión, sólo que juzgo todo más severamente que usted y ni siquiera lo considero como algo de gente culta, sino que no lo considero como nada en absoluto. He sido cogido por sorpresa, eso es. Si me hubiera levantado inmediatamente después de despertarme sin haberme dejado desconcertar por la ausencia de Anna y, sin tener en cuenta a nadie que se hubiera cruzado en mi camino, me hubiera dirigido a usted, habría desayunado, excepcionalmente, algo en la cocina, y le hubiera pedido que me trajera la ropa de la habitación; en resumen, si me hubiera comportado razonablemente, no hubiera sucedido nada más, todo lo que hubiera de suceder habría sido sofocado. Pero se está tan poco preparado. En el banco, por ejemplo, estoy preparado, allí sería imposible que me sucediera algo así, allí tengo un ordenanza para mí, el teléfono general y el teléfono del despacho están en la mesa ante mí, continuamente viene gente, demandantes y empleados, pero además, y sobre todo allí, estoy continuamente dependiendo del trabajo y, por esto, espiritualmente presente, con franqueza me causaría un placer si me enfrentaran allí a un asunto así. Ahora ya ha pasado, y en

realidad no quería hablar más de ello, sólo quería oír su juicio, el juicio de una mujer razonable, y estoy muy contento de que coincidamos en ello. Ahora tiene usted que darme la mano, una coincidencia tal ha de reafirmarse con un apretón de manos.»

¿Me dará la mano? El supervisor no me la ha dado, pensó y miró a la mujer de modo diferente, poniéndola a prueba. Ella se levantó, porque él se había levantado, estaba un poco desconcertada porque no todo lo que había dicho K. le había resultado comprensible. Como consecuencia de este desconcierto dijo algo que ella no quería en absoluto y que estaba totalmente fuera de lugar: «No se lo tome tan en serio, señor K.», dijo, tenía una voz llorosa y, naturalmente, se olvidó también del apretón de manos. «Yo no sabía que me lo tomaba tan en serio», dijo K., cansado de repente y dándose cuenta del poco valor que tenía cualquier aprobación de aquella mujer.

Cerca de la puerta preguntó todavía: «¿Está en casa la señorita Bürstner?» «No», dijo la señora Grubach, y al dar esta seca información sonrió con una simpatía razonable, pero retardada. «Está en el teatro. ¿Quiere usted algo de ella? ¿Quiere que le dé algún recado?» «¡Ah, no! Sólo quería hablar con ella unas palabras.» «Por desgracia, no sé cuando volverá; cuando está en el teatro suele venir tarde.» «No tiene importancia», dijo K., y volvió la cabeza, que tenía agachada, hacia la puerta para marcharse, «sólo quería disculparme ante ella por haber utilizado su habitación esta mañana». «No es necesario, señor K., usted es demasiado atento, la señorita no sabe nada en absoluto, desde esta mañana temprano no ha estado en casa, ya está todo ordenado, véalo usted mismo.» Y abrió la puerta que daba a la habitación de la señorita Bürstner. «Gracias, lo creo», dijo K., pero luego fue hacia la puerta abierta. La luna brillaba en silencio dentro de la oscura habitación. Hasta donde se podía ver, todo estaba realmente en su sitio, incluso la blusa ya no colgaba del picaporte de la ventana. Los almohadones de la cama parecían llamar la atención por su altura, en parte yacían bajo la luz de la luna. «La señorita llega a menudo tarde a casa», dijo K., y miró a

la señora Grubach como si ella fuera la responsable. «¡Cómo son los jóvenes!», dijo la señora Grubach disculpándose. «Claro, claro», dijo K., «pero la cosa puede ir demasiado lejos». «Puede», dijo la señora Grubach, «cuánta razón tiene, señor K. Incluso quizá en este caso. Claro que no quiero hablar mal de la señorita Bürstner, es una muchacha buena, encantadora, amigable, ordenada, puntual y trabajadora; yo valoro mucho todo eso, pero una cosa es cierta, debería ser más orgullosa, más reservada. Este mes ya la he visto dos veces en calles poco transitadas y cada vez con un hombre distinto. Me es muy penoso, por Dios todopoderoso que sólo se lo cuento a usted, señor K., aunque no se podrá evitar que hable también sobre ello con la propia señorita. Por otra parte, esto no es lo único que me la hace sospechosa». «Está usted totalmente equivocada», dijo K. furioso y casi incapaz de ocultarlo, «además es evidente que usted no ha comprendido bien mi observación sobre la señorita; no era en ese sentido. Incluso le advierto con toda franqueza para que no le diga nada a la señorita, usted está por completo en un error, conozco muy bien a la señorita, nada de lo que usted ha dicho es verdad. Por cierto, quizá voy demasiado lejos, no quiero impedirselo, dígame lo que quiera. Buenas noches». «Señor K.», dijo la señora Grubach con voz suplicante, y se apresuró a seguir a K. hasta su puerta, que él ya había abierto, «en absoluto quiero hablar con la señorita, naturalmente quiero seguir observándola antes, sólo a usted le he confiado lo que sabía. Al fin y al cabo tiene que estar en la mente de cualquier patrón, si pretende mantener la pensión limpia, no es otro mi empeño en este caso». «¡La limpieza!», gritó K. aún por la rendija de la puerta, «si usted quiere mantener limpia la pensión, tiene que despedirme a mí primero». A continuación cerró de un portazo; ya no hizo caso de unos ligeros golpes que sonaron después.

Por el contrario, ya que no tenía ninguna gana de acostarse, decidió permanecer todavía despierto y comprobar también, debido a la ocasión, cuándo volvía a casa la señorita Bürstner. Quizá fuera entonces posible, aunque pareciera inoportuno, hablar unas palabras con ella. Mientras

se apoyaba en la ventana y cerraba los ojos cansados, pensó incluso por un momento en castigar a la señora Grubach y convencer a la señorita Bürstner para que dejara la pensión con él. Pero esto le pareció enseguida terriblemente exagerado, e incluso sospechaba de sí mismo, que tenía la intención de cambiarse de vivienda a causa de los incidentes de esa mañana. Nada habría sido más absurdo y sobre todo más inútil y despreciable*.

Cuando se hubo hartado de contemplar la calle vacía, se tumbó sobre el sofá, después de haber abierto un poco la puerta que daba a la antesala, para poder ver desde ésta a cualquiera que entrara en la casa. Hasta cerca de las once estuvo tranquilamente tumbado en el sofá, fumando un puro. Pero a partir de ese momento no pudo aguantar más allí, y fue hacia el recibidor, como si con ello pudiera adelantar la llegada de la señorita Bürstner. No tenía ningún deseo especial de verla, ni siquiera podía acordarse exactamente de cómo era, pero ahora quería hablar con ella y le irritaba que ella, con su retraso, le trajera intranquilidad y desorden al final del día. Ella era también culpable de que no hubiera cenado hoy y de que hubiera renunciado a la visita a Elsa que tenía prevista para ese día. De todas formas aún podía recuperar ambas cosas, si iba ahora a la taberna en la que Elsa estaba empleada. Quería hacerlo incluso más tarde, después de la conversación con la señorita Bürstner.

Eran más de las doce y media cuando se oyó a alguien en la escalera. K., que sumido en sus pensamientos iba de un lado a otro de la antesala como si fuese su propia habitación, corrió a esconderse tras de su puerta. Era la señorita Bürstner, que había llegado. Tiritando de frío se ciñó sobre sus estrechos hombros un chal de seda mientras cerraba la puerta con llave. Al instante tendría que ir a su habitación, donde K. seguramente no podía introducirse a medianoche; así pues, tenía que dirigirse a ella ahora, pero desafortunadamente había olvidado encender la luz eléctrica de su habitación, de tal forma que su salida de la habitación oscura parecería un asalto y, seguramente, le daría un buen susto. En su extrema necesidad, y ya que no había

ningún tiempo que perder, susurró por la rendija de la puerta: «Señorita Bürstner.» Sonó como una súplica, no como una llamada. «¿Hay alguien ahí?», preguntó la señorita Bürstner, y miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. «Soy yo», dijo K., y se adelantó hacia ella. «¡Ah, señor K.!, dijo la señorita Bürstner sonriendo. «Buenas noches», y le tendió la mano. «Quería hablar unas palabras con usted, ¿me lo permite ahora?» «¿Ahora?», dijo la señorita Bürstner, «¿tiene que ser ahora? Es un poco raro, ¿no?». «La estoy esperando desde las nueve.» «Bueno, estaba en el teatro, no sabía nada de usted.» «El motivo de lo que quiero decirle ha tenido lugar hoy.» «Bueno, ahora no tengo nada importante en contra, salvo que estoy muerta de cansancio. Así que pase unos minutos a mi habitación. Aquí no podríamos conversar de ningún modo; despertaríamos a todos y me sería más desagradable por nosotros que por la gente. Espere aquí hasta que haya encendido la luz de mi habitación y apague luego la de aquí.» K. lo hizo así, pero aún esperó hasta que la señorita Bürstner le pidió otra vez, en voz baja, desde su habitación, que entrase. «Siéntese», dijo ella, y le señaló la otomana, ella se quedó de pie junto a uno de los barrotes de la cama, debido al cansancio, al que había aludido; ni siquiera se quitó el sombrero, pequeño, pero adornado con una superabundancia de flores. «Bueno, ¿qué quería? Verdaderamente tengo curiosidad.» Cruzó ligeramente las piernas. «Quizá dirá», comenzó K., «que la cosa no es tan urgente, como para hablar ahora de ello, pero...» «Las introducciones siempre las paso por alto», dijo la señorita Bürstner. «Eso facilita mi tarea», dijo K. «Hoy por la mañana, en cierto modo por mi culpa, su habitación ha sido desordenada un poco, lo hizo gente desconocida contra mi voluntad, pero, como he dicho, por mi culpa; por esto quería pedirle disculpas.» «¿Mi habitación?», preguntó la señorita Bürstner, y miró a K. examinándolo, en vez de a la habitación. «Así es», dijo K., y por primera vez ambos se miraron a los ojos, «la forma en que ocurrió no merece la pena de contarse». «Pero eso es realmente lo más interesante», dijo la señorita Bürstner. «No», dijo K. «Bien», dijo la señorita Bürstner,



Fotograma de la película *El proceso*, dirigida por Orson Welles

«no quiero entrar en misterios, si usted insiste en que no es interesante, no tengo nada que objetar. Las disculpas que pide las acepto gustosa, especialmente porque no puedo encontrar ni una huella de desorden». Dio unas vueltas por la habitación con las palmas de las manos apoyadas en las caderas. Se detuvo junto a la esterilla de las fotografías. «¡Pero mire!», gritó. «Mis fotografías están revueltas. Esto es muy feo. Así que alguien ha estado en mi habitación sin permiso.» K. asintió y maldijo en silencio al empleado Kammerer, que nunca podía reprimir su monótona e inútil vivacidad. «Es extraño», dijo la señorita Bürstner, «que me vea obligada a prohibirle algo que usted mismo debería prohibirse, esto es, entrar en mi habitación en mi ausencia». «Ya se lo expliqué, señorita», dijo K. Y se dirigió también hacia las fotografías, «que no fui yo el que ha hecho esto con sus fotografías; pero ya que usted no me cree, debo pues confesarle que la comisión investigadora ha venido con tres empleados del banco, de los cuales uno, al que despediré del banco a la primera ocasión, ha tocado probablemente las fotografías. Sí, estuvo aquí una comisión investigadora», añadió K., ya que la señorita lo contemplaba con una mirada inquisitiva. «¿Por usted?», preguntó la señorita. «Sí», respondió K. «¡No!», gritó la señorita y se echó a reír. «Sí», dijo K., «¿cree usted que soy inocente?». «Bueno, inocente...», dijo la señorita, «no quiero hacer ahora un juicio que quizá tenga graves consecuencias, tampoco le conozco a usted, pero ha de ser un delincuente importante, al que le echan encima al instante una comisión investigadora. Pero puesto que está libre —al menos deduzco de su tranquilidad que no se ha escapado de la cárcel— no puede haber cometido tal delito». «Sí», dijo K., «pero la comisión investigadora puede haberse dado cuenta de que soy inocente o no tan culpable como se suponía». «Cierto, eso puede ser», dijo la señorita Bürstner muy atenta. «Mire», dijo K., «usted no tiene mucha experiencia en temas judiciales». «No, no la tengo», dijo la señorita Bürstner, «y también lo he lamentado a menudo, pues me gustaría saberlo todo, y precisamente los temas judiciales me interesan mucho. La jurisdicción tiene una

atracción particular, ¿no? Pero en ese aspecto seguro que ampliaré mis conocimientos, pues el mes que viene entro como secretaria en el despacho de un abogado». «Eso está muy bien», dijo K., «entonces podrá ayudarme un poco en mi proceso». «Podría ser», dijo la señorita Bürstner, «¿por qué no? Me gusta utilizar mis conocimientos». «Lo digo en serio», dijo K., «o al menos medio en serio, como usted. Para recurrir a un abogado el asunto es demasiado insignificante, pero sí que podría necesitar un consejero». «Sí, pero si yo tengo que ser consejero, debería saber de qué se trata», dijo la señorita Bürstner. «Ese es precisamente el inconveniente», dijo K., «yo mismo no lo sé». «Entonces se ha burlado de mí», dijo la señorita Bürstner tremendamente decepcionada, «no había en absoluto necesidad de escoger estas horas de la noche para eso». Y se alejó de las fotografías, donde ambos habían permanecido tanto tiempo juntos⁵. «Pero no, señorita», dijo K., «no me hurlo. ¡Usted no quiere creerme! Lo que sé, ya se lo he dicho. Incluso más de lo que sé, pues ni siquiera era una comisión investigadora, yo la llamo así, porque no sé qué otro nombre darle. Ni siquiera se investigó nada, sólo fui arrestado, pero por una comisión». La señorita Bürstner estaba sentada en el sofá y volvió a reírse. «¿Cómo fue?», preguntó*. «Horrible», dijo K., pero ahora ya no pensaba en eso, sino que estaba totalmente impresionado por el aspecto de la señorita Bürstner que apoyaba la cara en una mano —el codo descansaba sobre el cojín del sofá— mientras que la otra acariciaba lentamente la cadera. «Eso es demasiado general», dijo la señorita Bürstner. «¿Qué es demasiado general?», preguntó K. Entonces se acordó y preguntó: «¿Quiere que le muestre cómo ha sido?» Quería moverse, pero no marcharse. «Ya estoy cansada», dijo la señorita Bürstner. «Usted ha venido demasiado tarde», dijo K. «Ahora resulta que me hace reproches, me está merecido, pues no debería haberle dejado entrar. Tampoco era necesario, como se ha demostrado.» «Era necesario, ahora lo verá», dijo K.

⁵ En su primer encuentro con Kafka, Felice estuvo viendo fotografías que él y Max Brod habían traído de sus vacaciones de verano.

«¿Puedo acercar hasta aquí la mesilla de su cama?» «¿Qué se le ocurre?», dijo la señorita Bürstner, «¡naturalmente que no!». «Entonces no puedo mostrárselo», dijo K. nervioso, como si le causaran con esto un daño desmesurado. «Sí, si lo necesita para la demostración, acerque la mesilla sin hacer ruido», dijo la señorita Bürstner, y tras un momento añadió con una voz más débil: «Estoy tan cansada que permito más de lo que es normal.» K. colocó la mesita en el centro de la habitación y se sentó tras ella. «Tiene que imaginarse exactamente la distribución de las personas, es muy interesante. Yo soy el supervisor, allí, sobre el baúl, estaban sentados dos guardianes, junto a las fotografías tres jóvenes están de pie. En el picaporte de la ventana, esto sólo lo menciono al margen, está colgada una blusa blanca. Y ahora comienza. Sí, me olvido de mí. La persona más importante, o sea, yo, está de pie aquí, ante la mesa. El supervisor está sentado con toda comodidad, con las piernas cruzadas, el brazo colgando por encima del respaldo, un grosero sin par. Y ahora sí que empieza de verdad. El supervisor grita como si me tuviera que despertar, grita directamente, por desgracia yo tengo que gritar también, si quiero hacérselo comprensible a usted; por cierto, es sólo mi nombre lo que grita de ese modo.» La señorita Bürstner, que escuchaba riendo, se puso el dedo índice sobre los labios para evitar que K. gritase, pero fue demasiado tarde. K. estaba demasiado metido en su papel; gritó lentamente: «¡Josef K.!»), aunque no tan alto como había amenazado, pero sí suficiente como para que el grito, después de cortarse de repente, pareciera propagarse poco a poco por la habitación.

Entonces oyó llamar varias veces a la puerta de la habitación contigua, fuerte, breve y regularmente. La señorita Bürstner palideció y se puso la mano sobre el corazón. K. se asustó por esto de manera especial, porque aún por unos instantes había sido incapaz de pensar en otra cosa que en los incidentes de la mañana y en la muchacha a la que se los representaba. Apenas se hubo dominado, dio un salto hacia la señorita Bürstner y cogió su mano. «No tema nada», susurró, «lo arreglaré todo. ¿Pero quién puede ser?

Aquí al lado sólo está el cuarto de estar, en el que no duerme nadie». «Sí», susurró la señorita Bürstner al oído de K., «desde ayer duermo aquí un sobrino de la señora Grubach, un capitán. Ahora mismo no hay ninguna otra habitación libre. También yo lo he olvidado. ¿Por qué ha tenido que gritar así? Me siento desgraciada por esto». «No hay ningún motivo para ello», dijo K., y, cuando ella se dejó caer sobre la almohada le besó la frente. «Fuera, fuera», dijo ella, y volvió a incorporarse rápidamente, «váyase, váyase, ¿qué quiere usted?, él está escuchando tras la puerta, lo oye todo. ¡Cómo me tortura!». «No me iré», dijo K., «antes de que esté un poco calmada. Venga a la otra esquina de la habitación, allí no puede oírnos». Ella se dejó llevar hasta allí. «Usted no reflexiona», dijo él, «sin duda se trata de una contrariedad para usted, pero de ningún modo de un peligro. Usted sabe que la señora Grubach, que en este caso es quien decide, especialmente porque el capitán es su sobrino, me adora francamente y todo lo que digo lo cree sin excepción. Por otro lado, ella también depende de mí, pues le he prestado una gran suma. Acepto cualquiera de sus propuestas para una explicación de por qué estamos juntos, si es mínimamente adecuada, y respondo de hacer que la señora Grubach no crea la explicación sólo ante el público, sino verdadera y sinceramente. A mí no me tiene que proteger en esto de ningún modo. Si usted quiere divulgar que la he asaltado, entonces la señora Grubach será informada en este sentido y lo creerá sin perder la confianza en mí, tanto cariño me tiene». La señorita Bürstner miraba ante sí, en silencio y un poco meditabunda, el suelo. «¿Por qué no había de creer la señora Grubach que la he asaltado?», añadió K. Veía ante él sus cabellos, sus rojos cabellos, con raya al medio, ahuecados en la parte inferior, firmemente recogidos. Pensaba que ella dirigía la vista hacia él, pero dijo en la misma posición: «Disculpe, me he asustado tanto con esos golpes repentinos..., aunque no tanto por las consecuencias que podría tener la presencia del capitán. Estaba todo tan silencioso después de su grito y de repente los golpes, por eso estoy tan asustada, además estaba sentada cerca de la puerta, sonaron casi a mi lado.

Le agradezco sus propuestas, pero no las acepto. Puedo responsabilizarme de todo lo que suceda en mi habitación y, sin duda alguna, frente a cualquiera. Me sorprende que no se dé cuenta de la ofensa hacia mí que hay en sus proposiciones, junto a las buenas intenciones que efectivamente reconozco. Pero ahora váyase, déjeme sola, ahora lo necesito más que antes. Los pocos minutos que usted me ha pedido se han convertido en media hora o más.» K. la cogió de la mano y luego de la muñeca. «¿Pero no está enfadada conmigo?», dijo. Ella le acarició la mano y respondió: «No, no, no me enfado nunca con nadie.» Él volvió a coger su muñeca, ahora ella lo consintió y le condujo así hacia la puerta. Él estaba firmemente decidido a marcharse. Pero ante la puerta, como si no hubiera esperado encontrar aquí una puerta, se paró de golpe, este momento lo aprovechó la señorita Bürstner para soltarse, abrir la puerta, deslizarse en la antesala y decirle desde allí en voz baja a K.: «Ahora venga, por favor. Mire» —le indicó la puerta del capitán, por debajo de la cual salía un resplandor—, «tiene la luz encendida y se divierte con nosotros». «Ya voy», dijo K., se adelantó, la cogió, la besó en la boca y luego por toda la cara del mismo modo que un animal sediento pasa la lengua por el agua de la fuente finalmente hallada. Por último la besó en el cuello, donde está la garganta, y allí dejó reposar los labios largo rato. Un ruido en la habitación del capitán le hizo alzar la vista. «Ahora me iré», dijo, quería llamar a la señorita Bürstner por su nombre de pila, pero no lo sabía. Ella asintió cansada, ya medio vuelta de espaldas le tendió la mano, como sin darse cuenta, para que se la besara, y entró con la cabeza baja en su habitación. Poco después K. estaba tumbado en su cama. Se durmió muy pronto, antes de dormirse meditó aún un rato sobre su comportamiento, estaba contento con él, pero se extrañaba de no estar aún más contento; a causa del capitán estaba seriamente preocupado por la señorita Bürstner.